

ÀLEX TORT

Barcelona

Cualquiera que empezara a leer *La vida cotidiana*, el relato que da nombre a este compendio de cuentos publicado por Alfàbia, podría creer que se trata más bien de sucesos fuera de lo habitual: en la cama yace Raquel, dormida a las diez de la mañana en ropa interior con dibujos de melocotones y fresas. Mientras, Daniel la contempla y se inquieta al pensar en tener que dejar todo limpio y listo antes de que Blanca, su novia, regrese a casa tras las vacaciones en familia.

Su autor, Daniel Gascón (Zaragoza, 1981) lo explica: “Los personajes de estos cuentos, aunque en ocasiones viven situaciones extraordinarias, lo hacen siempre en el marco de una vida cotidiana nada excepcional. Lo cotidiano no quita lo inusual”. Son personajes que cumplen sus horas de trabajo, quizá veinteaños, tal vez cuenten treinta y tantos, con sus problemas diarios. Pero eso no quita que, por ejemplo, puedan encontrar a su jefe malherido tirado en la cuneta, o mantengan relaciones sexuales con una escritora septuagenaria a la que entrevistan. ¿Los temas? El amor, el desamor, el aprendizaje, la pérdida, la melancolía.

“Tengo en mente una frase de un personaje del escritor argentino Marcelo Birmajer: el matrimonio es la única odisea posible para el hombre contemporáneo, y el adulterio, su descanso”, aclara Gascón. A partir de ahí todo brota. Los 14 relatos que componen *La vida cotidiana* son una recopi-

El escritor zaragozano Daniel Gascón publica el libro de relatos ‘La vida cotidiana’, con lo ordinario como munición literaria

Entre lo insólito y lo cotidiano



MARC ARIAS

Daniel Gascón, recientemente en la plaza de la Vila de Gràcia

lación no aleatoria ambientada mayormente en Zaragoza, con un personaje principal masculino álder ego del autor que ejerce de traductor, periodista o guionista, que ha pasado temporadas en Inglaterra y Francia.

Algunos relatos son vivencias propias (*La despedida* y *La maes-*

tra, por ejemplo); en otros mezcla experiencias de sus amistades. “Aunque las explico sin que se note del todo, algunos de mis amigos incluso se han quejado de no tener suficiente protagonismo en mis cuentos”, se ríe el autor. Sus amigos, pues, hacen bueno lo que Silvia afirma en *El mentiroso*:

“No puedo quedar contigo tranquilamente, no puedo saber si tu estarás pensando en escribir todo lo que te diga”. Deformación profesional.

A Daniel Gascón se le conoce recientemente por ser coguionista de la película de Jonás Trueba *Todas las canciones hablan de mí*, pero desde hace años hace méritos para hacerse un hueco en el mundo literario. Colabora también en *Letras libres* y en el suplemento *Artes & Letras* del *Heraldo de Aragón*. Y todo ello lo compagina a su vez con su oficio de traductor: estudió Filología Inglesa y Filología Hispánica.

Forma parte de una hornada de escritores maños con talento, en los que deberíamos incluir a su padre, el novelista y poeta Antón Castro, a Cristina Grande, a Luis Alegre, al novelista afinado en Barcelona Ignacio Martínez de Pisón y a Manuel Vilas.

En conversación con este diario, Gascón habla excelencias sobre la traducción. Desde hace unos cuantos minutos ha menudado su timidez. Muestra una calma todavía mayor a la habi-

tual en él. Se encuentra cómodo pese al frío y lía tabaco. “Es un oficio –comenta– que me aporta muchísimo, porque todos hemos aprendido a leer y a escribir gracias a las traducciones. A mí, además, me permite conocer a otros autores y libros que han influido en el libro por el cual estoy trabajando. Digamos que una cosa me lleva a la otra”.

Como buen intérprete, Gascón intuye adecuadamente quien puede ser su maestro. “Nabokov ya decía que para interpretar otra lengua hay que conocer con solvencia los recursos léxicos y estilísticos tanto de la lengua de partida como la de llegada”, asegura el zaragozano, sabedor de que si uno no es bueno en ello se corre el peligro de caer en una adaptación, una parodia o una imita-

“Traducir me permite conocer otros autores que han influido sobre el escritor al que estoy traduciendo”

ción. “Lo más difícil es transmitir correctamente el humor, pero de ello también se aprende”.

Durante esta afirmación aleccionadora, Gascón ha encendido unas cinco o seis veces su cigarro artesano mientras la infusión le espera en la mesa. Finalmente, mientras se desquita de su *maestra* dibujando a trazos una mujer en una copia de su libro (“siempre quise ser dibujante de cómics”, confiesa), sorbe el tabaco y se fuma de una calada el té.●